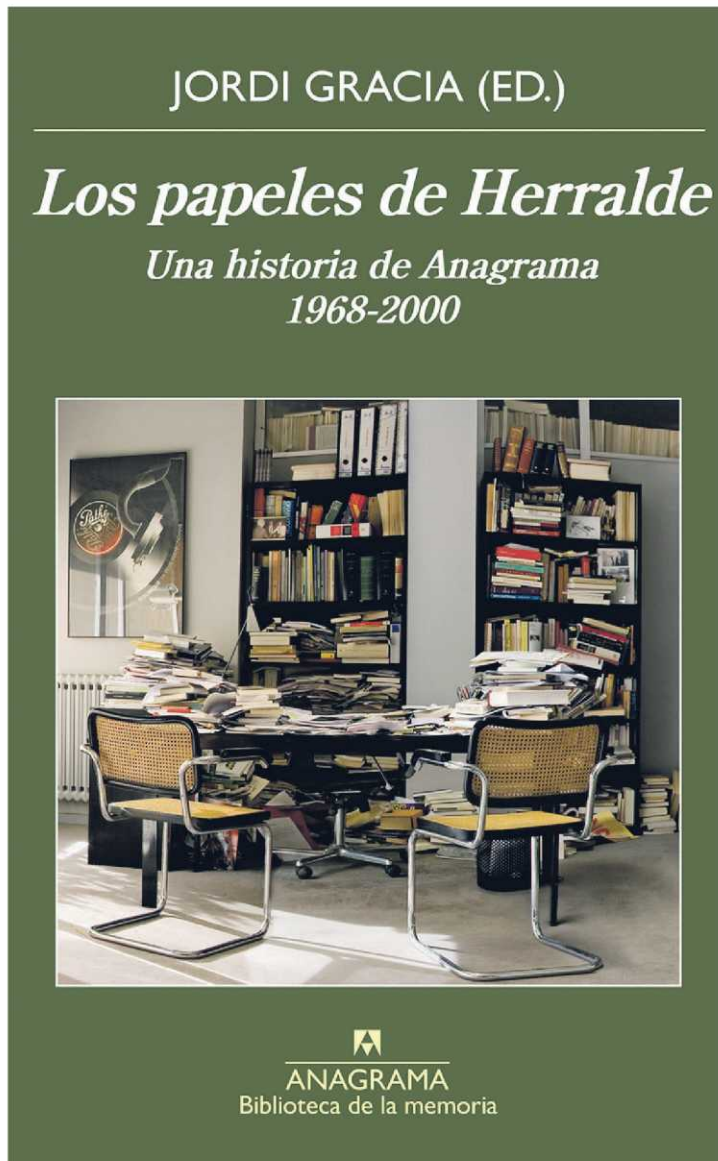


Los papeles de Herralde, edición de Jordi Gracia

En los últimos años, Jorge Herralde viene dando a las imprentas una relación de libros en los que desliza algunas coordenadas por las que se ha movido a la hora de desarrollar su trabajo. A esa generosa nómina se une ahora *Los papeles de Herralde*, una antología de su correspondencia entre 1968 y 2000 que edita y apunta el ensayista Jordi Gracia. El volumen, que lleva el acertado subtítulo *Una historia de Anagrama* y que aparece en la colección Biblioteca de la memoria de dicha casa, no es en absoluto suficiente. Por lo menos, para los que somos tan fanáticos del personaje como de su obra, donde damos por supuesta la inclusión de un catálogo concebido a lo largo de medio siglo y que desde su creación en 1969 ha dado lugar a tantas genialidades, expectativas, envidias, iras y sospechas en toda España y América Latina. Así, este es y no es con exactitud otro tomo de memorias de su autor; y de cualquier forma, lo más interesante es comprobar cómo las cartas son afines a la realidad de la editorial hasta cuando no se consigue alguna de las metas propuestas. Es sorprendente cómo se cumplen los empeños del editor en varias ocasiones, aunque entre el objetivo que se marque y el momento en que termina por conseguirlo se metan por medio lustros o décadas de diferencia. Esta constancia era parte de la leyenda que lo rodeaba a ojos de sus compañeros; ahora lo es también a ojos de los lectores.

El material se distribuye en seis capítulos ordenados cronológicamente. Jordi Gracia estructura cada uno de ellos en dos secciones bien diferenciadas: un ensayo donde indica el recorrido y los hitos de la editorial en el periodo correspondiente, y las cartas que considera más relevantes de entre las enviadas por el editor en ese mismo intervalo. No se escatima en señas de los destinatarios, desde autores a editores de cualquier nacionalidad y de mayor o menor fama, pasando por periodistas o interme-



diarios (sobre todo, de tipo político y cultural) y a los que el paso del tiempo no ha tratado ni mucho menos de la misma manera. A los capítulos los anteceden un preámbulo del propio Herralde y un prólogo de Gracia, que también firma un epílogo e introduce al final una escueta selección de misivas que Wolfe, Highsmith, Kapu-

ciński o Carver, entre otros, remiten a su interlocutor español.

Herralde se presenta en los tres primeros apartados como un agitador político, sus publicaciones son breves y con un evidente afán de intervenir en el campo de las ideas. La coyuntura política de la época

condiciona los movimientos editoriales casi tanto como los sociales, y los ensayos de combate pasan en muy poco tiempo de estar prohibidos a convertirse en fenómenos de masas y de ahí a causar indiferencia. Esta gran velocidad a la hora de quemar fases tan distintas no pilla con el pie cambiado al protagonista, cuyo agudo sentido literario lo lleva una vez más a adelantarse a las circunstancias. Y es aquí cuando se forja el mito que hoy conocemos los lectores. Herralde pasa de soportar las incoherencias de Louis Althusser o de provocar al ministro Gutiérrez Mellado a la búsqueda de una cosecha literaria propia. En español traza una línea que empieza por Álvaro Pombo y acabará pasando por Carmen Martín Gaité, Roberto Bolaño o Ricardo Piglia; y en el panorama internacional hará lo propio con Bukowski, Tabucchi o el 'dream team' británico.

Pero lo mejor es observar las relaciones con personajes menos visibles, como Enzensberger o Manganelli, una de las cumbres de Anagrama. También es apasionante la insistencia de Herralde en ciertas incorporaciones al catálogo: lo acabará consiguiendo con Modiano, Cueto o Montalbán, pero no con Chandler, Naipaul o varios representados por Carmen Balcells como Onetti o Marsé. Aunque no sé si existen, he echado en falta referencias sobre las brasileñas Ana Miranda y Fernanda Farias de Albuquerque, autoras discontinuadas por la editorial. Y me han admirado la capacidad de Herralde para torear al entonces Ministerio de Información y Turismo, la intrahistoria de la publicación en 1991 de una monumental biografía sobre James Joyce cuya traducción llevaba lista desde 1979, las menciones a los excepcionales Kenneth Tynan y Josep Maria de Sagarra, las cartas a ejecutivos de la competencia con seudónimos de secretarías o el regateo al negro panorama que se avecinaba con el cierre de la distribuidora Enlace. Tantas razones para agradecer esta correspondencia, a las que con seguridad se sumarán muchas más con cada relectura.